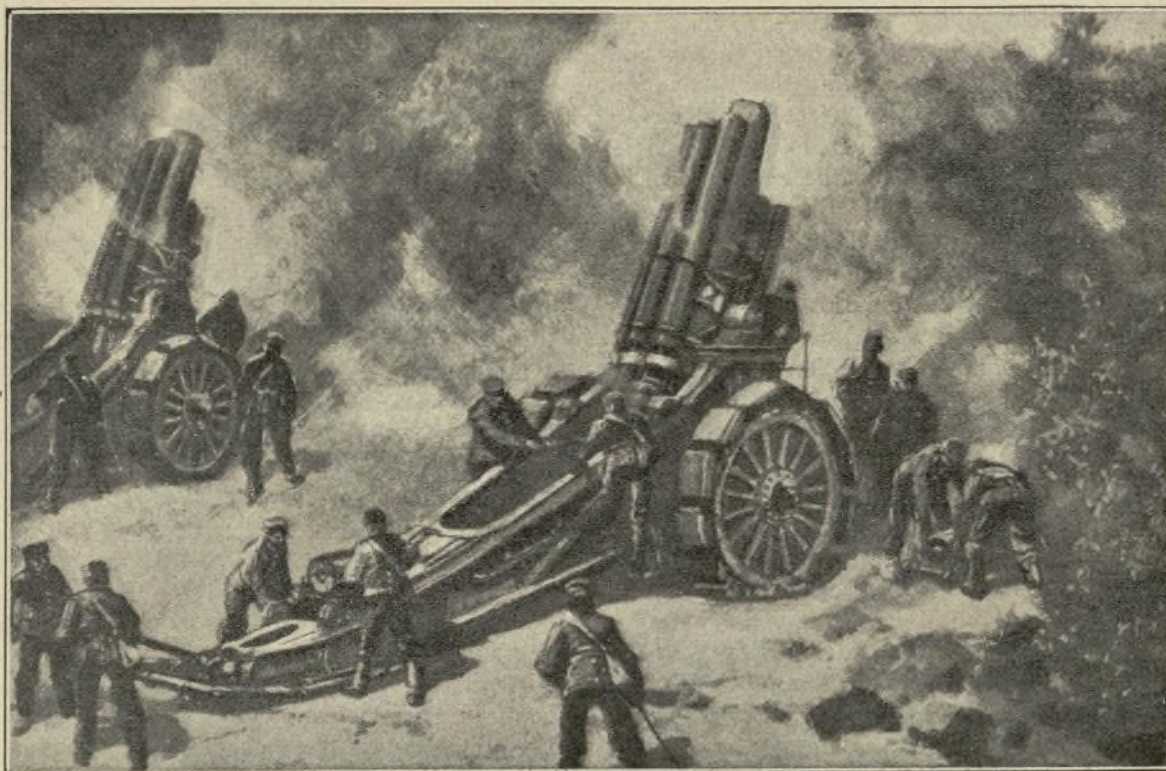


LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 36.—BARCELONA 27 DE FEBRERO DE 1915



Artillería pesada de sitio haciendo fuego desde una posición cubierta

CRÓNICA INTERNACIONAL

I. El «Bluff».—II. La verdadera situación.—III. Los nuevos objetivos de la guerra

I — El «Bluff»

Desde que Alemania anunció su propósito de atacar a los barcos ingleses y declaró zona de guerra todo el mar de Irlanda y las costas inglesas, la Gran Bretaña ha comenzado a perder la serenidad. Como obedeciendo a una consigna, la prensa inglesa ha redoblado sus bravatas y jactancias y proclama con más énfasis aún que antes la seguridad en el triunfo. El que lee sin profundizar ni estudiar los motivos y fundamentos de lo que se escribe, puede creer que la situación de Inglaterra es envidiable como nunca. Antes de analizarla, veamos la conducta de la prensa inglesa.

El rodillo ruso vuelve a funcionar hace unos días (!). Se ha inventado, con un descaro inaudito, una espantosa derrota de los alemanes en Polonia; los despachos y comunicados rusos no han dicho una palabra, como es natural, que pudiera interpretarse como triunfo de sus camaradas, antes al contrario, vienen insistiendo en que apenas hay combates en Polonia; pero una vez lanzada la noticia de la derrota alemana, se la comenta y se habla de ella un día y otro, claro es que sin decir dónde ha tenido lugar ni cuáles son sus consecuencias. Se extremó el pequeño avance de los rusos en el N. de la Prusia oriental para decir que Koenisberg estaba seriamente amenazado.

LOMO 11

da, y los comentarios continuaron hasta que llegó la desconcertante nueva de que los rusos habían sido arrojados al otro lado de la frontera, tras de una derrota que ellos mismos confesaron. La retirada de los mismos rusos en la Bukovina se ha pasado en silencio y se pintan como extraordinarios éxitos los combates en los Cárpatos. Los periódicos vienen llenos de párrafos encabezados con grandes titulares de derrotas alemanas, y al leerlos no se descubren tales derrotas por más que se los escudriñe. Pero no basta con esto: siguen los éxitos de los ingleses en Flandes, sin moverse de sus posiciones; hoy son los aviadores británicos los que derrotan a los aviadores alemanes; mañana son los cañones ingleses los que obtienen el éxito; el otro la victoria corresponde a las cocinas de campaña. Pero todo esto no es nada.

No hace tres semanas, en pleno Parlamento británico se dijo que el ejército inglés casi llegaba a un millón de hombres, incluyendo en la cifra los combatientes que hay en Francia, y los gastos y créditos militares se ajustaron a la citada cifra de un millón de hombres. Pero a los quince días, y con la excusa de que Inglaterra está dispuesta a poner tres millones de hombres sobre las armas, si los encuentra, se parte del hecho de que las fuerzas militares de Albién son efectivamente de tres millones, que desembarcarán en Francia el mes que viene.

Se calla o se disimula la carestía de los alimentos en Inglaterra, el pavoroso conflicto de los mineros, solucionado gracias a dispendios enormes; no se declara que los mineros en masa quisieron alistarse en el ejército para gozar de las ventajas que se conceden al soldado y dejar a las familias una pensión que en ningún caso lega el minero, pero el Gobierno no aceptó sus servicios militares.

Todo marcha en Inglaterra como en el mejor de los mundos. Goza de todas las simpatías. Rusia está potente y entusiasmada con la guerra, rebosa de dinero y las cosechas son excelentes, lo que no es óbice a que Inglaterra haya tenido que entregarle ahora mismo muchos millones de libras. Francia está más fuerte que nunca y crece el ahorro y el trabajo en fábricas y talleres. El Japón no ha desistido de enviar sus ejércitos a Europa. Los Estados Unidos están a punto de declarar la guerra a Alemania. Conocida es la próxima intervención de Italia y Rumanía, a las que se unirá también Bulgaria. ¿A qué seguir?

¿A quién creen engañar los ingleses? ¿Están tan ciegos que no comprenden que los neutrales empiezan a mirarlos con compasión? Ni Inglaterra ni Alemania tienen las mismas energías ni el mismo deseo de combatir que hace seis meses, y diciendo lo contrario lo único que consiguen es que los extraños creamos que están todavía más debilitados de lo que realmente se encuentran. El movimiento se demuestra andando y no argumentando ni perorando. Nadie ya puede forjarse ilusiones, y los que aún proclaman victorias y triunfos que no se ven en ninguna parte, lo hacen con su cuenta y razón y por su propia conveniencia y fines interesados. Esa persistencia en el bluff sólo conduce a desengañar más al pueblo.

II.—La verdadera situación

Pero la verdadera situación es muy otra. Los síntomas de paz se acentúan. Unos son de orden militar, y los otros de orden político.

Figuran entre los primeros: la expulsión de los rusos de la Prusia oriental y el avance austro-alemán en Bukovina. Los alemanes quieren encontrarse sin un solo adversario en su territorio y en cambio ellos en país enemigo, para ponerse en buenas condiciones si se negocia la paz. Los austriacos quieren descartar a Rumanía, mediante la reocupación de Bukovina, y contener a Italia, mediante la amenaza de Bulgaria contra Serbia y la acción, ya iniciada, de Albania contra la misma Serbia. Han perdido casi toda la Galizia, pero los rusos han perdido casi toda la Polonia.

En el campo de la triple alianza, síntomas significativos son: el lenguaje comedido y prudente que estos días emplean en el Parlamento británico los ministros del Gobierno, muy diferente del que se han estado valiendo meses y meses. Ya no se zahiere y humilla y rebaja al adversario; se le trata con relativa consideración y cierto respeto, para acortar las distancias. Otro síntoma también es que ha cesado casi por completo la campaña en favor de Bélgica, que se ha estado explotando con insistencia por la prensa franco-inglesa.

Francia no se jacta ya de bastarse a sí misma

para arrojar de su suelo al invasor; cuenta con Rusia, y ésta, a su vez, cuenta con Francia e Inglaterra. La escuadra inglesa, que tradicionalmente ha sido considerada en su país como factor ofensivo y de ataque, se le está ahora presentando al buen pueblo británico como elemento defensivo y necesario para después de la paz; hay que justificar la pasividad y que no sorprendan los ataques del adversario. En una palabra, la triple inteligencia ha perdido la confianza en obtener un triunfo decisivo, y lo más que aspira es al *statu quo* de antes. Si a Francia y a Rusia y a Inglaterra se garantizara que las cosas iban a quedar como en el mes de julio, firmarían la paz en el acto. Lo mismo haría Austria; y en cuanto a Alemania se allanaría muy gustosa a cesar las hostilidades si se le concedía la posesión de Bélgica. Este es el único punto que se opone a la paz. Los ingleses no pueden aceptar que los alemanes se instalen a orillas del estrecho de Dover. Pero puede haber compensaciones, a expensas de los actuales aliados, y ellas se están buscando con ahínco. Si se encuentran, la paz será un hecho en breve; si no se da con ellas, la guerra seguirá, pero en otras condiciones.

III.—Los nuevos objetivos de la guerra

En el fondo, está tan convencida Alemania de que no puede vencer a Inglaterra, como ésta de que no derrotará a Alemania. Cada cual procurará, ya que no un triunfo completo y decisivo, debilitar a su rival para no quedar en el porvenir a merced de él. Y esto sólo se puede conseguir variando el sistema actual de alianzas, esto es, el equilibrio europeo. Si Alemania atrae a su órbita a Francia y Rusia, ha resuelto el problema. Si Inglaterra consigue desviar a Rusia del camino de los Dardanelos, se asegura en Egipto y la India, detiene a Rusia en Persia y estrecha su amistad con el Japón, también saldrá con nuevos bríos de esta guerra. Por consiguiente, las nuevas operaciones se dirigirán con preferencia contra los aliados de Alemania y los de Inglaterra.

Están llamados a perder más en la futura etapa de la campaña Francia, Rusia y Turquía. Esta será la víctima propiciatoria ofrecida a Inglaterra; parte de Francia, parte de Rusia y Bélgica serán los pedazos sangrientos arrojados a Alemania. Y si entre los neutrales hay alguien que se deje aplastar, con sus girones se tratará de zurcir el mapa del mundo.

Esta y no otra es la situación en los presentes momentos. Los dos grandes Imperios, Inglaterra y Alemania, parece que se van a descuartizar y lacerar, pero en el fondo las miradas de uno y otro se fijan sobre las demás potencias. La querella entre los dos se aplazará para más adelante, con la esperanza por parte de Alemania de que llegue a ser un hecho el sueño del Kaiser, la alianza con Inglaterra, y por parte de Inglaterra de que Alemania se descuide y se inicie su decadencia, para destruirla más fácilmente andando el tiempo.

El lector estará en su derecho si estima que todo esto son fantasías. Pero no transcurrirán muchos años sin que se confirme plenamente cuanto decimos. Hay mar de fondo en la política internacional de Europa, del mundo, mejor dicho, y la lectura de la prensa beligerante, cuando se la hojea un día y

otro durante años y años, es más elocuente que las declaraciones de los diplomáticos. Se avecina una crisis temible para Francia, Rusia y Turquía, y acaso, para Austria-Hungría. A todas estas naciones interesa que continúe la guerra, pase lo que pase, y aunque salgan derrotadas; el caso es que los colosos no queden en situación de imponer su voluntad a los demás. Pero ni a Inglaterra ni a Alemania les conviene seguir desangrándose. La diplomacia francesa es superior a la alemana, pero la diplomacia británica está muy por encima de la francesa.

¿Se encontrará un desenlace a la comedia que se está ensayando en las cancillerías, o volverá a degenerar en tragedia?

F. LARIN.

EL TRABAJO NOCTURNO DE ATRINCHERAMIENTO

De una carta escrita por un zapador inglés, copiamos los siguientes párrafos:

«Después de un breve descanso del trabajo del día, tenemos que emprender cada noche nuestras labores nocturnas. Apenas anochece, salimos de nuestros alojamientos y nos sumergimos en las tinieblas (ahora no hay luna), teniendo que recorrer los cinco o seis kilómetros que nos separan del punto de obra. Tardamos en caminar estos cinco o seis kilómetros hora y media o dos horas, a causa de los frecuentes altos que hemos de hacer. No se ve a dos pasos de distancia y es muy fácil perder el contacto con los demás. Hasta los sonidos de las pisadas parecen perderse durante la noche, y sólo se oye el rumor sordo de los carros que nos siguen a distancia. La columna hace alto de vez en cuando, y un oficial se pasea desde el frente a la retaguardia, para comprobar si todo está en orden, o por lo menos preguntarlo. Al decir que la columna hace alto, quiero decir que la voz de alto circula desde la cabeza a la cola. Generalmente hablando, la primera indicación de esta orden es tropezar cada uno violentamente con el hombre que va delante. Es raro que en esta marcha no nos crucemos con algún cuerpo de tropas que marcha a retaguardia, y esto siempre se traduce en interrupciones, porque a despecho de la advertencia, siempre repetida, de que cada columna guarde la derecha del camino, hay confusiones y mezclas de unidades. Por fin se sale de este tropiezo y la tropa continúa la marcha. En muchos puntos, el camino está interrumpido por los profundos embudos producidos por la explosión de los proyectiles alemanes de gran calibre; tales embudos están llenos de agua de lluvia, y son un verdadero obstáculo al avance regular; algunos se han rellenado en parte con ladrillos y escombros. Después de haber ayudado a brazo a sacar de los baches los carros que en ellos se atascan, llegamos a un punto situado un poco detrás de nuestras trincheras de fuego; en nuestro caso este punto suele ser alguna granja o aldea en ruinas. Allí, las balas que pasan por encima de nuestras trincheras silban desagradablemente o bien rebotan los proyectiles que han caído un poco más a vanguardia. No hay que esperar pasar inadvertido, porque el enemigo anota cuidadosamente durante el día las partes expuestas del camino, y aunque de noche no puede ver nada, rompe el fuego apenas oye el menor ruido, y, si hay luna, dispara contra las sombras.

»Entonces comienza la parte más espinosa del trabajo. La columna, llevando los útiles y herramientas necesarias, se divide en grupos y marcha al lugar que ha de atrincherarse, situado entre las líneas inglesas y alemanas; establecemos alambradas espinosas, lo que exige mucha habilidad y cuidado. Este trabajo, como se comprende, ha de hacerse en campo abierto y sin contar con la protección que ofrecen las trincheras. De aquí que requiera un valor poco corriente. Uno está trabajando a lo mejor separado de sus camaradas, y no sabe a ciencia cierta donde está su posición ni la del enemigo. En una trinchera, se experimenta cierto sentimiento de seguridad, por encontrarse uno bajo el nivel del terreno y animarle el valor colectivo que da el saber que los compañeros están al lado. Pero al instalar una alambrada, ha de permanecerse 50 ó 100 metros delante de sus trincheras propias, y menos mal si el enemigo no oye el ruido que se hace al hincar los piquetes en el terreno; a veces, enciende una luz de magnesio para darse cuenta de lo que sucede, o simplemente abre el fuego al oír el ruido. En ambos casos, no queda más recurso que tenderse sobre el suelo, como un lagarto, y esperar que pase la tormenta».

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

Una lectura comentada

—¿Conoce V. el idioma inglés, señor A.?

(El señor A.)—Lo bastante para traducirlo medianamente.

—Entonces, me permitirá V. que substituyamos la conversación de hoy por un diálogo entre lord Sydenham y yo.

(El señor A.)—Pero, ¿está aquí lord Sydenham?

—No, pero como si estuviera presente; aquí traigo el luminoso escrito que ha enviado a la prensa de Londres; V. lo leerá y yo lo comentaré en pocas palabras. ¿Qué le parece a V. la idea?

(El señor A.)—¡Excelente! Así no discutiremos nosotros dos.

—Tome V. y comience la lectura; ya sabe V. que lord Sydenham es una personalidad de relieve; de lo contrario le haría el mismo caso que a esos estrategas de café y de barbería que inventan desatinos y se quedan tan frescos. Comencemos.

—(El señor A., leyendo)—«En el O. puede parecer que los aliados han fracasado. Para ellos su primero y directo objetivo es arrojar a los alemanes de Francia y Bélgica. Es verdad que distan mucho de haber hecho otra cosa que obtener éxitos locales, de ninguna importancia estratégica, y parece que se ha llegado a una situación indecisa. Este juicio es superficial y equivocado. Los aliados han dado fin a la ofensiva germánica, están firmemente teniendo en jaque a la mayor porción del ejército alemán en su largo frente...

—A esto se llama un floretazo asestado a los buenos amigos, los rusos. Siga V.

(El señor A., leyendo)—«...y ejercen una poderosa influencia en las operaciones de Oriente. El enemigo ha perdido la ocasión de llegar a Calais, suponiendo que esto hubiera sido una ventaja para él.



Parque de pontoneros alemanes en el Norte de Francia

La situación de los aliados se hace más fuerte por momentos, y su preponderancia en artillería — una condición de primer orden — comienza a sentirse. Nunca conviene dejarse impresionar por lo que dicen los prisioneros, pero no hay duda que la superioridad moral ha pasado a los aliados. El soldado alemán ha combatido, y combate aún, con bravura, pero aun-

que la situación estratégica es un libro cerrado para él...

—Y para el lord Sydenham.

(El señor A., leyendo)—«...está perfectamente convencido de su fracaso táctico, y ha aprendido que sus generales están siempre prontos a sacrificar vidas en grande escala sin motivo justificado. Estas cir-



Infantería francesa en un ataque a la bayoneta

Ayuntamiento de Madrid



Vista panorámica de la entrada en el estrecho de los Dardanelos

cunstancias son tan deprimentes que no podrán ser compensadas por refuerzos de mediana consistencia, y hay señales de que comienza a extenderse la falta de confianza». ¿Qué, señor Escápula, no interrumpe usted?

—¡Siga V., señor A., lo que ha leído V. no es nada!

(El señor A., leyendo)—«En el E. la situación para los alemanes no es menos desalentadora. La tentativa de llegar a Varsovia ha fracasado con enormes pérdidas...

—La tentativa de llegar a Silesia costó a los rusos cien mil prisioneros centenares de cañones y ametralladoras, pero no vale la pena hablar de ello.

(El señor A., leyendo)—«En los Cárpatos no se advierte ningún propósito de los austro-alemanes...

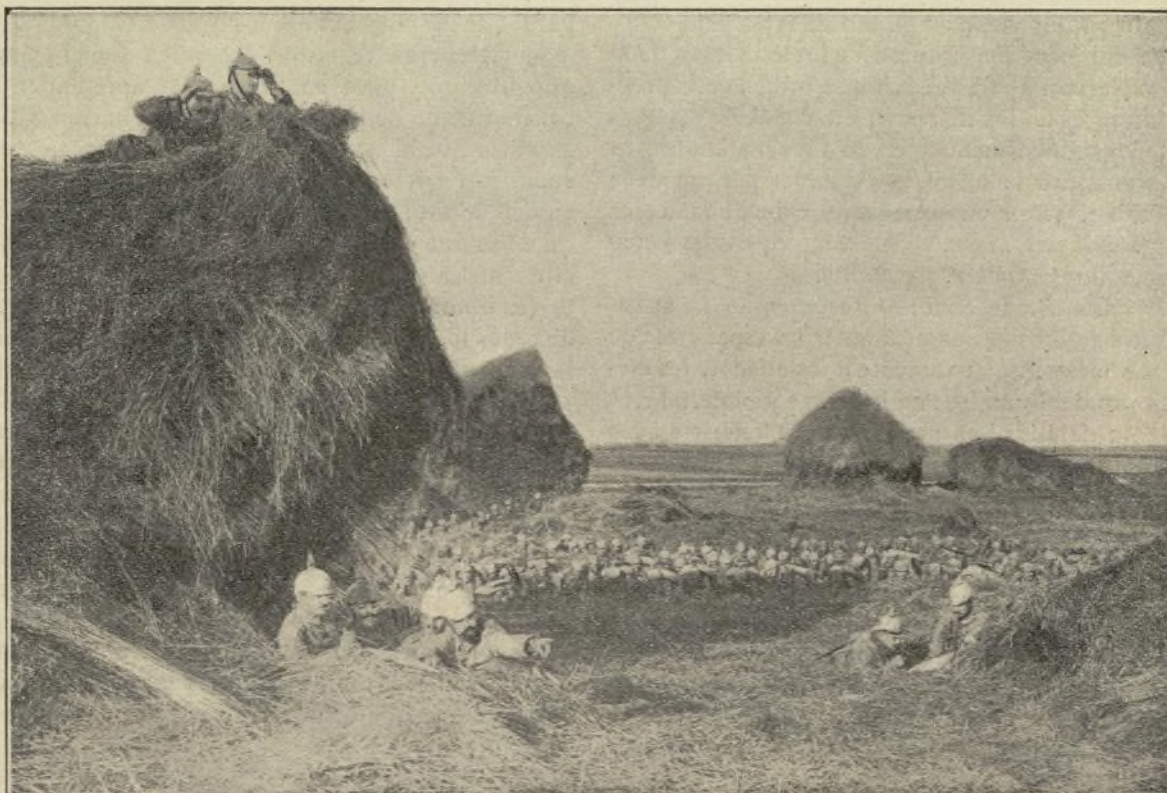
—Si no progresan los alemanes, por lo menos quiere decir que tampoco progresan los rusos.

(El señor A., leyendo)—«...mientras que la intervención rumana es evidente...

—¡Ja, ja!

El señor A., leyendo)—«...y se hará efectiva en el punto más conveniente. Los serbios han derrotado repetida y duramente a los austriacos...

—Por eso sin duda han invadido Bosnia, Hungría y Herzegovina, que es como se demuestran las victorias, y no permaneciendo encerrados en su país.



Infantería alemana entre unos almiar, aguardando la orden de ataque

(El señor A., leyendo)—«...y la nueva campaña exigirá la ayuda de los alemanes, en condiciones que desprestigiarán al ejército alemán. Por una parte, los consejeros militares del Kaiser, que no apreciaban en su justo valor la eficacia combatiente y el talento de los generales del ejército ruso, cuyos ejércitos se han distinguido espléndidamente lo mismo en el ataque que en la defensa, han de comprender que la doble alianza ha fallado, siendo un desengaño para Alemania y un desastre para Austria-Hungría. El ejército ruso del Cáucaso, sin necesidad de llamar en su ayuda a las tropas de Polonia y Galizia, ha aplastado a las mejores tropas de Turquía y rechaza la insensata invasión de Persia. Otras infortunadas tropas otomanas están siendo llevadas, al parecer por los oficiales alemanes, a través del desierto, para atacar las formidables defensas del canal, y su derrota es cierta y su retirada desastrosa. El espectáculo de una Potencia que es lanzada a la destrucción por los emisarios de otra, que han cogido las riendas del Gobierno, no puede durar mucho tiempo.

—Este párrafo es algo confuso: si dijera una Potencia que ha cogido las riendas del gobierno de otras tres, lo entendería mejor.

(El señor A., leyendo)—«En todos los mares del mundo los aliados dominan, y la flota británica ha ejecutado en seis meses más de lo que podría haber hecho en seis años hace un siglo. El último combate naval ha tenido una ventaja moral superior todavía a la material, y el almirantazgo alemán ha creído necesario propalar falsas noticias para evitar el desaliento en su país...

—¡No me toque V. a la marina, lord Sydenham! Las pérdidas de la flota británica, en lo que va de guerra, están con respecto a las de la escuadra alemana, en relación de 5 a 2, tanto en tonelaje, como en cañones, como en hombres, como en clase y calidad de los barcos; es claro que estas victorias no se hubieran podido alcanzar en seis años hace un siglo, porque entonces los almirantes ingleses eran de la talla de Nelson; ahora los éxitos se miden en la prensa, y entonces en los mares. Y en cuanto a que los resultados morales han superado a los materiales, en el último combate naval, es evidente: porque debe usted saber, señor A., que ya no cabe duda acerca de la pérdida del *Tiger*, y este barco equivalía sencillamente a tres *Blucher*. ¡Adelante!

(El señor A., leyendo)—«Resumiendo la situación, no hay motivos para cambiar las esperanzas de hace seis meses. Relativamente a los aliados, los alemanes van debilitándose en hombres y material...

—Esta debilidad en material debe referirse a los 500 cañones, de paso, que han tomado a los franco-belga-rusos anglo-canadá-zelanda-indostani-senegale, etc., etc.

(El señor A., leyendo)—«...Todos los planes de sus estrategias han iracasadado...

—¡Es claro, como que antes de desarrollarlos se los contaban al lord Sydenham!

(El señor A., leyendo)—«Con la única excepción del revés ruso — inmediatamente reparado — junto a Osterode, en agosto, los ejércitos alemanes no han ganado una sola victoria...

—¡Vaya V. diciendo, señor A., que los ingleses son gente serial! ¡Es aquel el país de la gracia y de la

frescura! ¿Con que ni una sola victoria? Pues, ¿cómo se han apoderado de Bélgica, y de parte de Francia y de casi toda la Polonia? ¿Habrá sido huyendo? ¿No ha oído hablar el lord, de Tannenberg, de Insterburg, de Kolo, de Konin, de Voclaviecs, de Lodz, de Lovits, del Rava, de Kielce, de Pietrkov, de Saarburg, de Mulhausen, de Longuyon, de Namur, de Charleroi, de Mons, de San Quintín...? ¿Ni de las plazas conquistadas? ¡Dios le conserve el buen humor al noble lord!

(El señor A., leyendo)—«...El general von der Goltz dijo: La ofensiva estratégica más atrevida y mejor planeada conduce a una derrota final, cuando los medios disponibles no corresponden al objetivo final, cuya conquista asegura la paz...

—¿Pero no comprende V., señor A., digo, lord Sydenham, que esto lo dijo von der Goltz previendo lo que había de suceder con la ofensiva de Joffre, pregonada en todos los tonos y terminada el día de la derrota de Soissons?

(El señor A., leyendo)—«Las sorpresas que los alemanes tenían preparadas no han tenido efecto...

—¿Cómo iban a tener efecto, si están aterrados desde el día en que lord Kitchener dijo que poseía un secreto?

(El señor A., leyendo)—«...y los tan decantados Zeppelines son mirados ya con desprecio...

—¡Ahí, ahí es donde duele!

(El señor A., leyendo)—«La confianza en las armas germánicas y en el valor alemán se ha disipado, y han tenido que inventar victorias para animar al pueblo...

—¿Ha visto V., ni por casualidad, algún periódico inglés en que diariamente no se cuentan de dos a tres victorias de los aliados, victorias que no se ven por ninguna parte?

(El señor A., leyendo)—«...y hacen frenéticos esfuerzos para romper la solidez de la alianza y poner de su parte a los Estados Unidos. La extremada barbarie que despliegan para los no combatientes...

—¿Recuerda V., señor A., quién fué el primero que inventó y puso en práctica el apresamiento y concentración de los naturales de las naciones beligerantes que al estallar la guerra residían en países enemigos? ¿Recuerda V. quiénes han sido los que envían a mujeres y paisanos de las naciones con quien se está en guerra a disfrutar de las delicias del clima africano?

(El señor A., leyendo)—«...la deliberada violación de todos los convenios internacionales para desterrar la humanidad de la guerra...

—Por ejemplo, libertad de patentes y marcas de fábrica del país enemigo, confiscación de bienes, apresamiento de mercancías y personas en barcos neutrales que salen y se dirigen a puertos neutrales, cañoneo de los pueblos de la costa belga, lanzamiento de bombas desde los aeroplanos sobre ciudades abiertas y sin fortificaciones, como Friburgo, recomendación a los barcos mercantes del propio país que enarbolan bandera de algún neutral, cuanto más poderoso mejor, prohibición de pagar deudas particulares a los súbditos de los países con quienes se está en guerra...

(El señor A., leyendo)—«...las mentiras propaladas por las agencias, las violentas diatribas contra la Gran Bretaña, los honores otorgados al autor del

«Himno del odio», pueden ser muy provechosas a cualquier estudiante de filosofía...

—¡Y a los que no somos estudiantes también! ¡Y tanto como hemos aprendido!

(El señor A., leyendo)—«Cuando los gobernantes de una gran nación acuden a tales métodos, es señal indudable que creen que está perdida su causa. Ni las naciones ni los individuos obran así cuando creen que triunfarán por otro camino».

—Esta aseveración tiene miga, señor A., porque no está claro a quién se dirige.

(El señor A.).—Me interrumpe V. tanto que no vamos a concluir. Falta todavía un párrafo.

—Es inútil que lo lea V. Lo interesante ha pasado ya.

(El señor A.).—Y de todo esto, ¿qué deduce usted?

—¡Más claro, agual! ¡Los alemanes han sido derrotados! Ahora las guerras se ganan con sofismas y artículos de periódico. Me han convencido los argumentos de lord Sydenham. ¿No le sucede a V. lo mismo?

(El señor A.).—Si V. no lo toma a mal, a mí también.

—Lo malo para el lord, es que los belgas y los habitantes del N. de Francia y los rusos y los armadores británicos y los moradores de Yarmouth y de otra docena de poblaciones inglesas, pensarán que sus periódicos afirman que la guerra está ganada, pero que ellos gimen y padecen bajo el yugo del enemigo y sienten los golpes de sus armas. Y no digo lo que pensarán los indostánicos y senegaleses, porque de ellos apenas queda una docena. En cuanto a la opinión del pueblo británico, nos la cuenta la prensa de aquel país: los víveres están por las nubes, el kilogramo de pan se paga a 61 céntimos y no hay día que los grandes diarios londinenses no dediquen dos o tres columnas a ocuparse en la crisis de la alimentación. ¡Sí! Resueltamente los alemanes han sido derrotados. ¡Excuso decirle lo que acontecería si llegaran a salir triunfantes!

SUBRIO ESCÁPULA

EL CANTO DEL ODIO CONTRA INGLATERRA

La resonancia que ha tenido la poesía de Lissauer por haber concretado el sentimiento unánime de Alemania, nos mueve a darla a conocer a nuestros lectores:

¡Qué nos importan rusos y franceses!

Disparo por disparo, golpe por golpe,

Nosotros no les odiamos,

Pero defendemos el Vístula y los pasos de los Vosgos.

Abrigamos solamente un odio único,

Si unánime es nuestro amor, también lo es nuestro

[odio,

Tenemos solamente un único enemigo:

Aquel que todos conocen, aquel que todos saben,

El que se esconde tras las olas grises,

Lleno de envidia, de rabia, de astucia y de falsía,

De quien nos separan las aguas, más espesas que la

[sangre.

Deseamos comparecer ante un tribunal,
Para hacer un juramento, cara a cara,
Un juramento de bronce, que no pueda llevarse el

[viento,

Un juramento para que nuestros hijos y nietos

Lo comprendan y obren según él,

Y se abra paso en Alemania entera:

No queremos desprendernos de nuestro odio,

Queremos abrigar un solo odio,

Si unánime es nuestro amor, también lo es nuestro

[odio,

Sólo tenemos un enemigo:

Inglaterra.

En los camarotes y en la sala de fiestas
Están sentados nuestros marinos en banquete frater-

[nal;

Rápido como estocada o como golpe de viento sobre

[las velas,

Se yergue uno de ellos y alza su copa,

Y enérgico como el remo al hundirse en el agua

Tres palabras pronuncia: ¡«Hasta muy pronto!»

¿A quien se emplaza?

Sólo tienen un odio;

¿A quien se alude?

No tienen más que un enemigo:

Inglaterra.

Toma tú los pueblos de la tierra a sueldo,
Construye murallas con lingotes de oro,
Cubre los mares con tantos barcos que se toquen,
Y créete el más astuto; ¡no lo eres bastante!
¡Qué nos importan rusos y franceses!
Disparo por disparo, golpe por golpe,
Marchamos al combate con acero y bronce,
Y algún día llegaremos a la paz,
Pero nuestro odio aún se extenderá más allá,
No dejaremos que se pierda nuestro odio,
Odio a los mares y a las tierras,
Odio de los caudillos y de los humildes,
De la corona y del pueblo,
Enconado odio de setenta millones,
Que si aman acordes, acordes también odian,
Y que no tienen más que un enemigo:

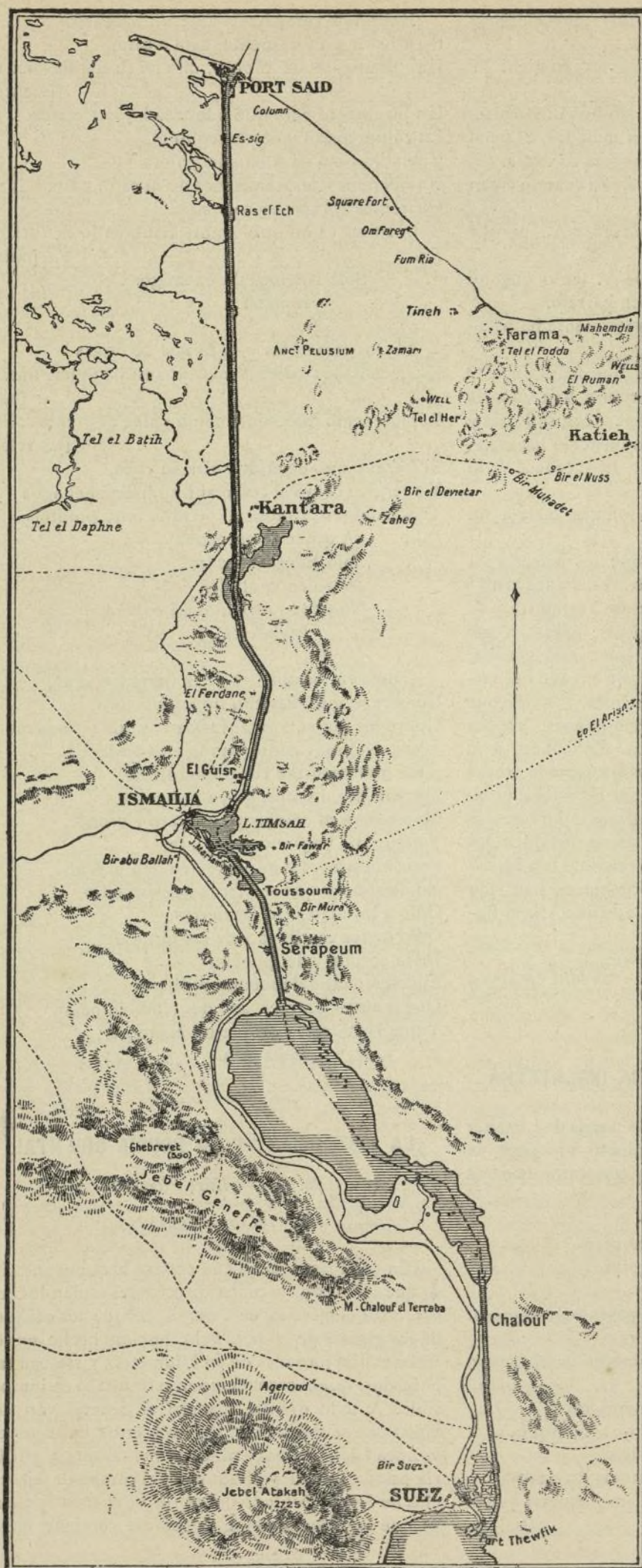
Inglaterra.

LA LIBERACIÓN DE LA PRUSIA ORIENTAL

por el Dr. Kurt Floericke

(Conclusión)

En Lick no se sabía con certeza lo que acontecía, ni qué fuerzas y en cuáles direcciones tenían los rusos, o sea el ejército de reserva, porque los caballos de los ginetes de la landwehr habían hecho en los últimos días jornadas de 60 kilómetros y estaban tan fatigados, que el reconocimiento resultaba casi imposible. A todo evento, dispuso el general von der Goltz que se fortificasen los pasos entre los lagos en la línea Lick-Sybba-Senkten y mandó que la artillería pesada tomara posiciones en el campo de ejercicios de Lyck. Del lado de los rusos, el primer cuerpo que se presentó en el lugar del combate fué el



Plano del canal de Suez. ESCALA DE 1:600,000

cuerpo del ejército de Finlandia (en el que no figuraban finlandeses), el cual había llegado por la vía férrea de Ossovetz y Grayove, y luego avanzaba a pie por Prostken hacia Neuendorf, con el intento de atacarnos en Sybba. Las selvas de Neuendorf impidieron que estas tropas desplegasen bien, y estaban además tan fatigadas que fué imposible a los caballos de la artillería seguir a la infantería y los cañones se quedaron atrás. Los rusos no esperaron que llegaran sus piezas para emprender el ataque, sino que asaltaron sin los necesarios preparativos de la artillería; acogidos por el certero fuego de los batallones de la landwehr tuvieron que detenerse, primero, y enseguida retroceder.

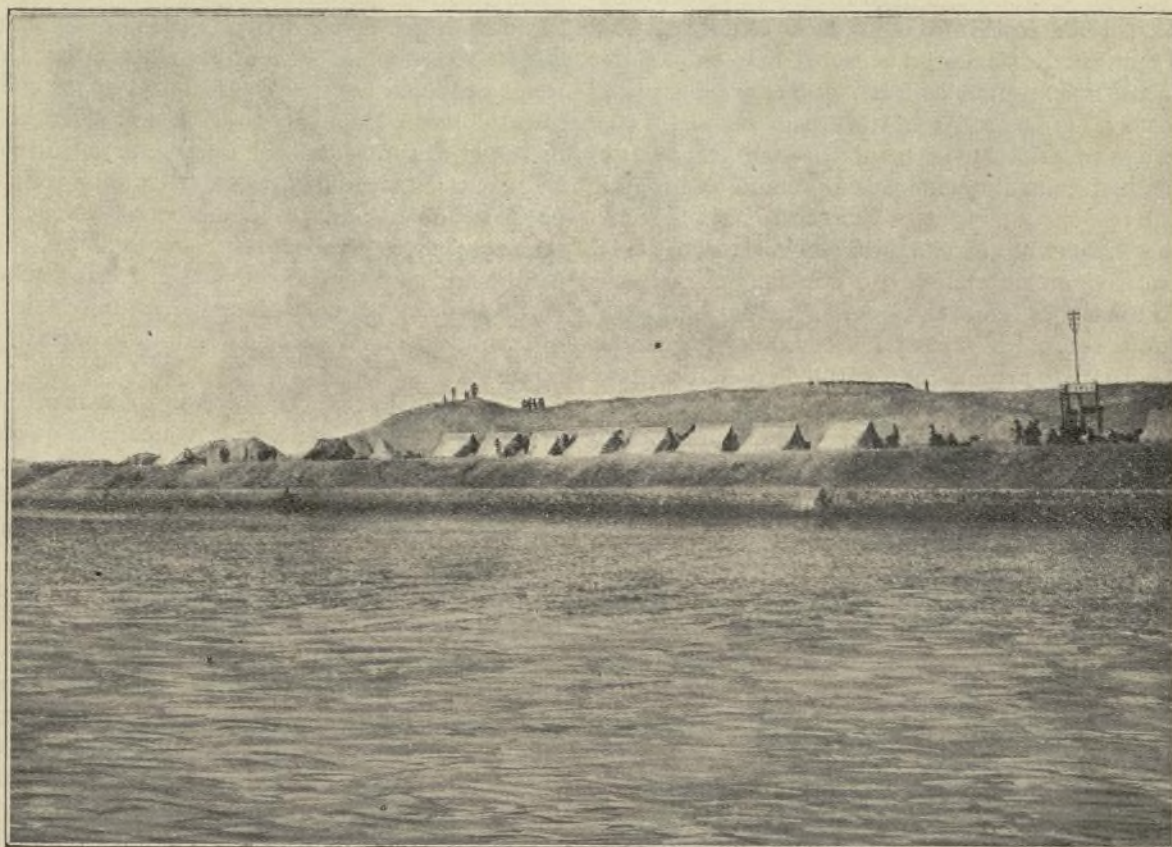
La artillería pesada alemana y una batería de la landwehr batieron el bosque con un fuego violento. Pareció entonces que un gigante cortara con una colosal guadaña los árboles a 50 centímetros de altura, porque los troncos y las ramas fueron abatidos y cayeron al suelo sobre los cadáveres de los rusos. Tal fué el resultado que tuvo este primer ataque. Toda la noche la pasaron los alemanes abriendo trincheras, trabajo sumamente penoso si se considera que cayó una copiosa lluvia y el terreno se reblandecía tanto que apenas se podía excavar; con todo, el trabajo resultó inútil porque á la mañana siguiente aparecieron las trincheras llenas de agua. Pero ya nuestros soldados habían adquirido innegable superioridad sobre los rusos, aun en campo abierto. En Lyck se mostró claramente el hecho de que el mando ruso era torpe y pesado, poco expedito, porque ni supo aprovechar los incidentes del combate, ni tomó las disposiciones que iban aconsejando las fases de la lucha. Al amanecer del siguiente día se reanudó el ataque de los rusos, aunque con poco brío, y resultó sin efecto. Entraban ahora en acción los siberianos, que bajo la pro-



Columna de infantería en marcha a través de los viñedos de la Champaña

tección de la cresta que hay entre Bartossen y Matildenhof, habían podido desplegar sin ser molestados; al aparecer al descubierto en las cumbres, les batió nuestro fuego de shrapnel. Inmediatamente, el general von der Goltz envió su pequeña reserva, sólo siete compañías, contra ellos, dirigiéndola en punta a través del bosque de Lyck.

Los bravos landwehrianos se cubrieron aquel día de gloria, y las hermosas gorras de piel de los robustos siberianos no tardaron mucho en caer en manos de los nuestros. El ataque que tuvo lugar al pie de la altura resultó muy sangriento para los rusos, y su primera línea tuvo que retroceder. Por desgracia, un inesperado fuego de ametralladoras rusas, que esta-



Atrincheramientos de los ingleses en la orilla E. del canal de Suez

ban en posiciones ocultas, segó nuestras filas y nos obligó a ceder terreno.

A media noche se dió la orden de retirada. La marcha se emprendió lentamente y con el mayor orden. Las baterías rompieron al paso como en el campo de instrucción. Pero la situación se hacía más crítica por momentos, y se tenía ya la seguridad de que los rusos eran muy superiores en número, porque sus fuerzas envolvían Lyck por el N., el E. y el S., y tendían a formar un círculo de hierro. Nuestra artillería, sin reparar en el peligro, rompió un terrible fuego, tan certero como bien dirigido, a distancia eficaz, y contuvo en todas partes al enemigo sin dejarle acercar. En la cumbre de la colina que hay junto al lago de Lyck, estaba el general von der Goltz con su Estado Mayor; las granadas rusas que caían en el agua les salpicaban, y en el paseo que se desarrolla junto a las orillas, presenciaron el curso de la batalla las hermosas vecinas de Lyck, con el asombro y la ingenuidad con que se contempla un espectáculo grandioso e inesperado. «La cosa se puso algo tea—dijo más tarde a un periodista el general von der Goltz—pero no había más remedio que poner la cara alegre». El general y sus oficiales procuraron que sus semblantes aparecieran serenos, para que nadie sospechara la gravedad de la situación, pero se daban clara cuenta del peligro y hubieron de acudir a toda su serenidad. Desde muy temprano se había telefonado a Feste Boyen y a Lotzen, pidiendo con urgencia el envío de refuerzos, en particular de artillería, los cuales podían ser trasladados por la vía férrea de Scetliskén, pero apenas comenzó la conversación con el importante punto de R., los rusos cortaron los conductores telefónicos. No se tenía la seguridad si había entendido Lotzen las demandas formuladas, y para mayor garantía se envió allá un automóvil. Cuando éste llegó habían ya partido los ansiados refuerzos. Entre tanto, la situación de la batalla continuaba siendo grave, sobre todo en lo concerniente a la segunda brigada, que cubría los pasos de los lagos al O. de Lyck. Atortunadamente, los rusos, cuya superioridad de fuerzas era tan grande que podían habernos aplastado, no emprendieron ningún ataque resuelto, sino que con su acostumbrada habilidad y rapidez se atrincheraron en el terreno de la lucha. El combate transcurrió con languidez hasta las últimas horas de la tarde; la niebla otoñal se extendía sobre los lagos y los ocultaba, formando una cortina de brumas que cerraba los horizontes. De entre aquella semiobscuridad salió de pronto el estridente silbido de una locomotora, en el flanco, casi a retaguardia, de los rusos. ¡Era la ayuda tan deseada! Lotzen había comprendido nuestras llamadas. A cortas distancias unos de otros, varios trenes venían con tropas. Las primeras fuerzas que desembarcaron entraron sin pérdida de tiempo, bajo la protección del ala derecha alemana, en combate, y arrojaron delante de ellas a los rusos. En aquellos momentos anochecía y se suspendió la lucha. Los silbidos de las locomotoras encendieron en los rusos un pánico análogo al que en varias ocasiones le sobrecogió en la Manchuria; creyeron que inmensos refuerzos llegaban en los trenes y se apresuraron a evacuar el campo. El general von der Goltz esperaba o proyectaba un nuevo ataque para el día 13, y dispuso que se aprovechara la noche para abrir trinche-

ras en los puntos más importantes; pero cuando se hizo de día y la niebla comenzó a levantarse, se vió que el campo de batalla estaba vacío y que el enemigo había desaparecido: durante la noche, en efecto, se retiró con la mayor precipitación, ginetes y cañones al galope, los temidos siberianos a la carrera. ¡La causa de semejante huida no fué más que los silbidos de los trenes! Por desgracia no disponíamos de caballería descansada para emprender la persecución.

En el período de la invasión rusa, Feste Boyen fué sitiada por la columna del general Kondratiev. Tuvo lugar un interesante cambio de cartas entre los dos generales, rivalizando ambos en caballerosidad con motivo de haberse disparado equivocadamente contra el oficial ruso enviado a intimar la capitulación de la plaza. Hablando propiamente no hubo verdadero asalto ni un bombardeo en regla, sino que entre los lagos se libraron una serie de pequeños combates, en los que tomó parte principal la «flota de Masuren». Las lanchas y botes que en tiempos normales servían para el transporte de personas y mercancías, fueron habilitados como cañoneros por los zapadores, artilleros y maquinistas. Estas mismas embarcaciones prestaron utilísimos servicios durante el avance de Hindenburg contra *Rennenkampf*; gracias a ellas, los «bárbaros» pudieron asegurar el enlace entre la 36 división y la artillería pesada del XX cuerpo, el 10 de septiembre. A favor de la obscuridad de la noche siguiente se formó una expedición para llevar una batería de obuses desde Feste Boyen a la isla Upalten y cañonear una fuerte batería rusa que se había apostado cerca del jardín zoológico, y cuyo fuego no podía ser apagado a pesar de todos los esfuerzos. La empresa resultó bien, y a las seis de la mañana partió el primer proyectil contra el jardín zoológico. En este sector el combate se iba desenvolviendo más por momentos, lo que permitió a los «bárbaros» emplear eficazmente sus pequeñas fuerzas. Desde detras de los cañaverales del jardín zoológico y desde una aldea vecina, fueron ellos tiroteados por una fuerte patrulla rusa; en el acto los zapadores y los sirvientes de las piezas, provistos de fusiles, respondieron a este fuego. Un sargento del 26 de zapadores se sumergió en el agua para medir la distancia, y apenas fué esta conocida, se disparó el primer cañonazo entre estentóreos hurras, dispersándose acto seguido la patrulla enemiga.

Una granada tras otra cayeron sobre la salida de la aldea y el jardín zoológico. A mediodía quedaron libres de enemigos los lagos de Mauer y Bodma, huyó en dispersión una fuerte columna de cosacos de la aldea Khelen y fué cañoneada eficazmente una larga columna de carruajes y convoyes.

El general *Rennenkampf* había entre tanto aprovechado el tiempo disponible para situar sus tropas en la línea Friedland-Gerdauen-Nordenburg-Angerburg, y atrincherarse fuertemente en ella formando una posición segura. Todos los puntos avanzados del terreno fueron fortificados y cubiertos de trincheras. Al mismo tiempo, las piezas de artillería de sitio que se destinaban al ataque de Koenisberg y las plazas del Vístula, se llevaron a la línea y montaron en espaldones enterrados. En una palabra, no se perdonó nada para hacer de aquella posición un peque-

ño Plevna, cuya conquista nos debía costar mucho tiempo y mucha sangre; pero aquel Plevna tenía un talón de Aquiles, que estaba en Angerburg, en el ala izquierda. En este lugar, donde el Fuschberg domina todo el terreno entre Drengfurt y Angerburg, a larga distancia, desarrolló Hindenburg un tremendo ataque. Pero el caudillo ruso había escarmentado en la cabeza de Samsonov y no quiso ya, como éste, jugar toda la partida a una sola carta, sino que ordenó una rápida retirada así que perdió el Fuschberg y vió claramente que la superioridad había pasado a nuestro campo. Su ala derecha y el centro las movió, aunque en malas condiciones, hacia el Niemen, pero esta maniobra no se efectuó sin dejar en el aire a una parte de la ya comprometida ala izquierda, expuesta a los fogosos ataques de los alemanes. Esta parte del ejército debía quedar dispersada y destruída. La batalla principal tuvo lugar en las jornadas del 10 al 12 de septiembre, en un frente de casi 100 kilómetros, y se riñó en un terreno extraordinariamente difícil, de modo que pese a todos los medios auxiliares debidos a la técnica moderna, resultó empresa árdua conservar unidad en la dirección; la línea de batalla, en efecto, lejos de ser recta, presentaba numerosos salientes, entrantes y cambios de sentido, que se oponían a la persistencia en la dirección de los ataques. Estas circunstancias pusieron de manifiesto la capacidad e iniciativa de los jefes subalternos del ejército alemán, cualidades de que carecía el ejército ruso. Por lo demás, el enemigo confirmó en esta ocasión el renombre que disfrutaban sus tropas en la defensiva. En los lugares que se les había ordenado defender a todo trance, se mantuvieron firmes, siendo menester desalojarles a bayonetazos. Las posiciones de artillería estaban perfectamente disimuladas y construídas con extraordinaria perfección. Las largas y hermosas avenidas de fresnos, que conducen de Gerdauen a Nordenburg, fueron taladas en varios kilómetros, derribando los árboles del lado del avance alemán y aguzando las puntas de los troncos y de las ramas, para dificultar nuestro avance. La verdad es, sin embargo, que no se hizo todo lo posible para mantenerse en esta posición. Delante de Dengfurth, los rusos enlazaron todo el monte de Fursenhauer, por medio de zanjas en zig-zag, con varias líneas de profundas trincheras. La resistencia que allí hicieron fué larga y tenaz, pero cuando rompió el fuego una batería alemana de gran calibre evacuaron este punto de apoyo. Sobre la masa de los fugitivos se desató una tempestad de rayos y truenos, de silbidos de balas y estallidos de granadas, aumentando aún el fragor el fuego que rompimos desde los linderos de los bosques.

Ennegrecidos por la pólvora saltaron a los avances, fustigaron furiosamente a los caballos y a todo galope los artilleros alemanes llevaron sus piezas de 15 centímetros a la cumbre de la altura, para perseguir con su tiro a los fugitivos adversarios. Muchas cosas se refieren de nuestros admirables morteros de 42 centímetros, pero cuantos correspondientes han visto el trabajo que han desarrollado en la guerra nuestras piezas de 15 centímetros, se hacen lenguas de su eficacia. Y hay que advertir que los artilleros alemanes tenían que luchar con un temible adversario: la artillería rusa, que es lo mejor de los ejércitos del Czar. También los rusos utilizaron

perfectamente sus cañones, pero los de 12,19 centímetros no podían competir con los nuestros, y siempre que el número de piezas fué aproximadamente igual, la ventaja nos correspondió sin duda. Para otorgar a su vacilante infantería un apoyo que le permitiera hacer alto y reorganizarse, el tenaz *Rennenkampf* reunió, al abrigo de la retaguardia, toda la artillería de campaña de su ala izquierda, siguiendo el ejemplo de lo que había hecho *Benedek* en 1866, en la batalla de *Koeniggratz*; los artilleros sirvieron las piezas hasta el último momento; cayeron en nuestras manos unas 150. El objetivo táctico estaba logrado, siendo únicamente de lamentar que los hombres se pudieran sustraer mejor que los cañones a nuestra persecución y se refugiaran en territorio ruso.

Los bosques incendiados y los pueblos humeantes denotaban los lugares donde se combatía, y obscurecían los cielos. Con auxilio de los gemelos se descubrían sobre los desnudos campos algunos puntos grises: eran los grupos de infantes alemanes que avanzaban sin detenerse y con rapidez desconcertante. Sobre sus cabezas no dejaban de estallar los shrapnels, que dejaban sangrientas huellas y profundos claros en nuestras filas, pero nada bastaba a contener el ímpetu del atacante. Las tropas derrotadas arrojaban las armas y, alzando los brazos, se rendían prisioneras. Pronto el número de prisioneros se contó por docenas de millares. La destrucción de los puentes de Angerap no perturbó mucho nuestros movimientos; los alemanes demostraron aquellos días cuán hábiles y capaces guerreros eran: encontróse un vado, y como la lluvia hubiera reblandecido el terreno, fué fácil formar rampas en los escarpes de las orillas, y cañones, autos y carruajes pesados, pasaron al otro lado. Los combates se extendieron a *Friedland*, aquella hermosa ciudad llena de recuerdos históricos, porque fué en *Friedland* donde los alemanes y los rusos, unidos en fiel compañerismo, sucumbieron 107 años antes ante el genio militar del gran corso. Allí se echaron los cimientos de la Santa Alianza, pero la entrada de los rusos como enemigos ha desvanecido acaso para siempre la esperanza que teníamos de no reñir jamás con ellos.

Al O. de Gerdauen se habían atrincherado los rusos sólidamente, y su general dirigía el combate desde la torre de la iglesia. Una de nuestras granadas dió en la torre, y la precipitó en ruinas a tierra; la desaparición de su jefe fué causa de que las tropas rusas cesaran en el acto la resistencia. Muchos daños causaban las granadas alemanas en los pueblos, más como si no fueran bastantes, los rusos llevaban las antorchas incendiarias de casa en casa. Gracias a un duelo de artillería, *Vehlau* se libró de la destrucción porque el enemigo se apresuró a abandonarla, más en compensación aquel duelo motivó que *Tabiau* fuese sacrificada. También en *Gumbinnen* tuvieron los rusos tiempo suficiente para desatar el furor de la venganza. *Stalluponen* fué objeto de un asalto tan violento, que los soldados, adelantándose a las órdenes de sus oficiales, deshicieron verdaderas barricadas de carne humana: los rusos habían sacrificado sus caballos y formado en las calles montones con sus cuerpos, refugiándose y escudándose detrás de ellos, así es que la sangre corrió a torrentes y las balas alemanas hicieron horribles destrozos. A los

prisioneros rusos se encomendó la destrucción de estas macabras barricadas; una bienhechora lluvia barrió los torrentes de sangre, y sólo quedaron en

volando el puente de Luisa; la mecha estaba ya colocada, cuando una batería alemana batió implacablemente al enemigo, precipitándole en confusión

al puente; un capitán de nuestro ejército, con su ayudante y algunos ginetes, salió a rienda suelta, cruzó el puente, al llegar al extremo opuesto saltó del caballo, y espada en mano puso en dispersión a varios zapadores rusos, volvió a montar, picó espuelas y subió al galope por la rampa, cortando con su sable la mecha y los conductores eléctricos. La espada se la llevó el diablo, pero no fué destruída una de las más hermosas obras de Tilsit y la persecución pudo continuar sin tropiezos. La retirada de los rusos se hizo por momentos más desordenada y presurosa; se perdieron los lazos orgánicos y el desaliento se apoderó de los soldados del Czar. Fuertes destacamentos se rendían a pequeñas patrullas alemanas. Y es de notar que en ocasiones eran los mismos rusos, acosados por el hambre los que venían a entregarse sin ser perseguidos. El capitán Witte, con 8 cazadores y algunos gendarmes hizo 122 oficiales y 1,029 soldados rusos prisioneros! El 13 de septiembre, un triple y entusiasta hurra saludó el paso de los fronteras por nuestras tropas; la marcha continuó por las deplo-

rables y polvorientas carreteras rusas hasta entrar en la ciudad de Suwalki, cabeza del distrito de su nombre, que quedó enseguida bajo la administración alemana.

En estos últimos combates se distinguió extraordinariamente un teniente del regimiento de reserva de coraceros de Breslau, que mereció por sus proezas ser condecorado con las cruces de hierro de primera y segunda clase; más tarde, en los combates de Schirwindt, volvió a dar pruebas de su temerario valor; era el conde Mielzinsky, el antiguo diputado polaco en el Reichstag, que el año anterior fué acusado con motivo del asesinato de su esposa, pero al que los jurados pusieron en libertad. ¡Así lava la guerra las manchas anteriores y se redimen de sus pecados las almas de los que combaten por la Patria!

La parte de su ejército que pudo salvarse, fué conducida por el general Rennenkampf hacia el



Posiciones de los ejércitos rusos y alemanes el 12 de septiembre de 1914

las calles algunos charcos rojizos. Lleno de indignación, Hindenburg trató a los prisioneros con todo rigor.

Así, dispuso que los oficiales comieran los mismos alimentos que la tropa y con iguales escudillas y cucharas, mientras que a los prisioneros franceses, por ejemplo, se les daba muy diferente trato alimenticio según se tratara de oficiales o de la tropa. Una noticia de la prensa dijo que aquella orden, comenzaba con estas palabras: «Hombres que se conducen como marranos, deben comer lo mismo que éstos». Antes de huir de Insterburg, los rusos inutilizaron las grandes cantidades de pan que había en almacén, rociándolas con petróleo; pero no habían contado con el desquite del comandante en jefe de los alemanes, el cual, al recibir la noticia de esta barbaridad, dió esta orden: «Este pan se empleará en la alimentación de los prisioneros rusos en tanto no se consuma». El Gneisenau (jefe de Estado Mayor) de nuestro Blucher de la Prusia Oriental, general de brigada von Ludendorff, siguió los mismos principios de Clausewitz, y empleó en la persecución hasta el último hombre y el último caballo, mientras tuvieron aliento para ello, para dispersar completamente al enemigo. Los resultados correspondieron a las esperanzas. A veces, entre otras en Stallupönen, se adelantaban algunas secciones de ametralladoras, y rompían el fuego contra las masas que huían, encendiendo la confusión en ellas y provocando el desconcierto en las columnas de cañones y carruajes. En Tilsit, donde cayó prisionero el general ruso Mamm, la artillería rusa, con el valor de la desesperación, trató de contener a nuestras tropas y hubo un corto combate en las calles. ¡Sacrificio estéril! Como los rusos vieran apurada su situación, quisieron asegurar la retirada



Orilla S. del lago Mauer

Niemen, a la protección de la fortaleza de Kovno, cuyas obras se terminaron el año pasado mediante el empleo de sumas considerables y un número

extraordinario de trabajadores. Al amparo de aquellos muros, consiguió reorganizar sus quebrantadísimas tropas y las puso de nuevo en disposición de volver al combate, en un tiempo sumamente corto. Entre tanto, Hindenburg y su excelente ejército habían ya conseguido su objetivo: «Arrojar de la Prusia Oriental a los rusos». No se había sacrificado en vano aquella provincia por la libertad de Alemania, a cuyo agradecimiento eterno acababa de hacerse acreedora.

Una genial apreciación de las operaciones convenientes; una admirable eficiencia de las tropas para combatir y marchar; una perfecta preparación y una excelente educación de los jefes de todas las ca-

tegorías para coordinar los esfuerzos de manera que tuvieran unidad, dieron como resultado aquel espléndido éxito que la historia registrará en sus más brillantes páginas. En el breve espacio de dos semanas y a consecuencia de dos grandes batallas, medio millón de rusos fué derrotado por un ejército más débil numéricamente; casi un tercio del efectivo enemigo cayó prisionero; la mayor parte de su artillería pasó a nuestro poder... ¡Verdaderamente fué aquel un éxito de incomparable grandeza!

La victoria del ejército del Este abría el camino para la obtención de otros triunfos no menos importantes.

(De *Der Krieg*)

CRÓNICA MILITAR

I. La leyenda de Napoleón.—II. Ataque aéreo de los ingleses a las costas belgas.—III. Una campaña magistral.—IV. La situación el 20 de febrero

I. —La leyenda de Napoleón

El nombre de Napoleón ha llegado rodeado de tal prestigio a nuestros días, que las más de las personas ajenas a la milicia están persuadidas de que aquel genial capitán obtuvo tantas victorias como batallas libró y que sus triunfos obscurecieron, por el mérito de las combinaciones, unas veces, y por la inferioridad de fuerzas con respecto a las del enemigo, otras, a los de todos los tiempos pasados y los de las guerras posteriores. Sin embargo, la verdad dista mucho de confirmar esa creencia.

Hay que hacer una distinción entre el Napoleón, tal como lo creen los profanos, y el Napoleón tal como aparece a los ojos de los iniciados. Para unos y para otros es un genio asombroso, con la diferencia de que los primeros desconocen el verdadero mérito del caudillo y los segundos no ponen en el haber del general todos los éxitos que a juicio de los primeros le corresponden.

Para el profano, el nombre Napoleón es sinónimo de general invencible, de inteligencia soberana que resuelve los problemas del momento y salva las situaciones más difíciles por medio de la inspiración, de la improvisación y de una clarividencia casi sobrenatural; se le imagina a caballo, al frente de sus masas de soldados entusiastas, corriendo de un punto a otro y dejando sentir en todas partes el influjo de su genio. Y no se le comprende tal como fué, como hombre de estudio y de reflexión, que pasaba largas horas en su gabinete de trabajo; que no emprendía una campaña sin haberla estudiado y preparado con mucha antelación; que antes de enviar sus tropas a un teatro de la guerra no se contentaba con estudiarlo, sino que ordenaba a sus geógrafos y hombres de ciencia que le preparasen los libros, mapas, resúmenes y estudios que pudieran serle provechosos para el conocimiento del terreno y de sus habitantes; que fiaba lo menos posible al azar; y que poseía como cualidad preeminente la perseverancia, y la energía en las resoluciones y en la ejecución.

Su inmortal campaña de Italia, que le elevó de un golpe al pináculo de la gloria, fué fruto de un estudio de muchos años, que se concretó en algunas

memorias que presentó a sus superiores mucho antes de ser llamado al mando de aquel ejército. Y las guerras contra Austria y luego la coalición son vivos ejemplos de una persistencia en el estudio y de una intuición geográfica, realmente admirables.

Otro día haré conocer al lector las principales batallas libradas por Napoleón y cuáles entre ellas fueron éxitos verdaderos, y se convencerá de cuán arbitraria y fantástica es la relación de sus victorias que aparece grabada en el arco de triunfo de la Estrella y que la posteridad, en general, ha admitido sin pruebas fehacientes.

Por hoy me limitaré a hacer constar que el nombre y la fama de Napoleón, tales como han llegado y se han transmitido a los profanos en el arte de la guerra, se debieron en primer término al caudillo, y luego al espíritu francés, que siempre se ha distinguido por su empeño en figurar a la cabeza de todas las disciplinas, de todos los adelantos y de todos los méritos, sean del orden que fueren. Los boletines y las órdenes al ejército lanzados por el caudillo después de las batallas, en aquel lenguaje ampuloso y vibrante, que formó escuela, fueron los primeros pregoneros de su reputación; los escritos de sus cortesanos y admiradores, y las memorias y pensamientos que escribió en los días de su último retiro, acabaron de extender y consolidar su nombre. Inmediatamente, los franceses, que mientras vivió el corso inmortal le habían manifestado su desvío en no pocas ocasiones, aquellos mismos escritores que apenas podían disimular su envidia al improvisado monarca y caudillo, y los más reacios en reconocer sus dotes sobresalientes, todos sin excepción se trocaron en vociferadores y ardientes admiradores del capitán; los rasgos y hechos de Napoleón que más vivamente pudieran herir la imaginación popular, fueron, más que publicados y declarados, amplificados y embellecidos, creándose alrededor de aquel nombre una leyenda que todavía ha ido creciendo a medida que transcurría el tiempo y los franceses sentían la necesidad de cobijarse bajo las glorias de aquel grande hombre, para desquitarse de las amarguras de sus derrotas posteriores. De esta suerte, el Napoleón que hoy se imagina la generalidad de las gentes está

muy lejos del Napoleón verdad. Para los profesionales, el verdadero Napoleón es acaso más grande que el héroe popular, pero sus rasgos distintivos tienen muy pocos puntos de contacto con los del otro. Y es de notar que para sus contemporáneos no fué Napoleón el genio que hoy le reconocemos unánimemente.

Sea dicho en honor de los franceses, que Alemania rinde culto a otro héroe, el gran Federico de Prusia, cuyos méritos se han exagerado y glorificado, buscando en él el precursor de los métodos actuales de guerra, que no sería así Napoleón. Este último está muchos codos por encima de Federico, co-ser positivas y notables las dotes guerreras del último.

Una de las mejores campañas de Napoleón es la de Francia en 1814, cuando acosado por los ejércitos de la coalición disputó el suelo francés palmo a palmo al enemigo, venciénolo y maniobrando de un modo maravilloso, aunque concluyó por ser vencido; sin embargo, aquella campaña, que es uno de los más firmes fundamentos de su gloria, apenas figura para nada en la admiración que le tributan los profanos. Los nombres de Marengo, Rívoli, Eylau, Wagram, Austerlitz, y tantos otros, son los más sonoros y brillantes, aunque sobre algunos de ellos hay no poco que decir.

Otro de los rasgos más geniales del gran caudillo lo constituyen los actos iniciales de la campaña de Wagram. Perfectamente planeada y dispuesta, encomendó la dirección de las primeras operaciones a su jefe de Estado Mayor el mariscal Berthier; a pesar de tener éste instrucciones concretas y claras, ejecutó tan torpemente las órdenes recibidas, que la situación se hizo crítica por demás y amenazó con terminar en un desastre para los franceses. En ocho días, el Emperador cambió la disposición de sus tropas, y obró con tan extraordinaria sagacidad y talento, que lo que comenzó bajo tan malos auspicios concluyó con victorias espléndidas. No registra la historia militar ninguna otra combinación de más mérito.

Después de lo que llevo indicado, estimo indispensable, para que no se crea que trato de obscurecer la figura del inmortal jefe de ejército, declarar que a mi juicio los dos capitanes más grandes que ha habido en el mundo han sido Aníbal y Napoleón, a pesar de que ambos fueron finalmente derrotados, y que sus émulos en renombre y gloria, César y Alejandro, tuvieron siempre la victoria clavada a sus banderas.

II.—Ataque aéreo de los ingleses a las costas belgas

Apenas anunciado el propósito alemán de bloquear los puertos de la Gran Bretaña, ésta se dispuso a prevenir el golpe destruyendo las estaciones de aviación y las bases de submarinos que los alemanes tenían en las costas de Bélgica. No se conoce exactamente la situación de tales bases, ni siquiera se sabe si efectivamente los submarinos alemanes se encuentran en los canales que enlazan los ríos con la costa belga; pero como el mar de Irlanda se encuentra prácticamente fuera del radio de acción de los submarinos situados en las bases navales del Emden, ha de admitirse que los tales barcos han de partir del

litoral de Bélgica para emprender sus ataques en aguas de Irlanda. Sin embargo, a juzgar por la presencia de botes automóviles y de lanchas cañoneras en los canales belgas, y por la casi indefensión en que se han dejado estos últimos contra los fuegos de los grandes barcos de combate, ha de admitirse que las bases de los submarinos se encuentran bastante tierra adentro; podría ser también que esas embarcaciones partieran, por lo menos algunas de ellas, del Escalda, de Amberes, porque sumergiéndose al llegar a las aguas holandesas podrían ganar el mar libre, si es que las bocas del Escalda no han sido cerradas con líneas de torpedos, redes protectoras y otros medios de barrear el paso.

Como quiera, el almirantazgo británico dispuso que la flotilla de aeroplanos navales efectuase un ataque a la costa belga, destruyendo las obras que los alemanes estuvieran ejecutando para preparar la acción de los submarinos. El día 11, treinta y cuatro aeroplanos cruzaron el canal y bombardearon la estación del ferrocarril de Ostende, destruyéndola casi por completo, la estación del ferrocarril de Blankenberge, en la que causaron pequeños daños, la vía férrea cerca del último punto, donde las averías tampoco fueron de consideración, las posiciones de artillería de Middlekerke, y las estaciones navales y de explosivos de Zeebrugge, que resultaron indemnes. Estas últimas estaciones y almacenes eran los objetivos más importantes y los que constituían la finalidad de la expedición, y probablemente se debió el fracaso del ataque al gran número de ametralladoras y cañones anti-aéreos que los alemanes tenían apostados en las inmediaciones.

Aunque escaso en resultados materiales, es notable el viaje realizado por la flotilla de aeroplanos e hidroplanos navales británicos, porque es la primera vez que se reúnen tantos aparatos de esta clase para ejecutar un ataque combinado; hasta ahora, el mayor número de máquinas que habían tomado parte en una expedición de guerra era de 13, que componían la escuadrilla aérea que hace pocas semanas voló sobre Dunquerque. El viaje y la maniobra ejecutaron con tanto orden, que no se perdió un solo aeroplano; por avería, una de las máquinas cayó en el mar, pero el aviador pudo ser salvado; otras dos máquinas resultaron con averías graves, pero regresaron a las líneas inglesas.

Los resultados del ataque no correspondieron a las esperanzas de los ingleses ni tampoco a la fuerza, verdaderamente extraordinaria, de la flotilla aérea. La consecuencia que se deduce era ya sabida y carece por lo tanto de novedad: la eficacia de los aviones no reside en el número de máquinas, ni siquiera en la velocidad que pueden desplegar, sino en la personalidad del piloto. Se repite con los aeroplanos lo que está ocurriendo con los submarinos: es el elemento hombre y no el factor mecánico el fundamento del éxito. Además, una condición esencial para que el ataque aéreo tenga buen resultado es que el avión obre por sorpresa, maniobre con entera independencia y libertad y pueda cambiar el objetivo de su vuelo según como se presenten las circunstancias, ajustándolo a las necesidades del momento, imposibles de prever de antemano. En este concepto, no creo que sea recomendable la formación de escuadrillas compuestas de más de seis u ocho aeroplanos,

y aun dándoles instrucciones tan amplias que en modo alguno se corte la iniciativa de los pilotos y comandantes; esta condición no parece haberse cumplido en la expedición de los aviones británicos, probablemente porque varios de los tripulantes tomaban parte por primera vez en un vuelo ofensivo a gran distancia de sus bases.

Un segundo ataque de la misma escuadrilla, apoyada por seis aviones franceses, ha tenido lugar posteriormente, con el mismo escaso resultado.

III.—Una campaña magistral

Más que por la sabiduría de los planes y por la finalidad de los objetivos, se reconoce el genio militar por la energía de la ejecución y la coordinación

migo. Los rusos menos que nadie podían desconocer aquel hecho, y por consiguiente debían estar prevenidos para hacer frente al peligro que desde aquel mismo momento les amenazaba. Sin embargo, nada se vió que tendiese a modificar su situación estratégica, extremadamente falsa, porque habían desplegado en una línea de centenares de kilómetros, consiguiendo ejercer presión en todas partes, pero sin reunir en ninguna fuerzas suficientes para alcanzar un resultado decisivo.

Varias veces he expuesto la grave equivocación cometida por el Estado Mayor del gran duque Nicolás, por lo que creo excusado volver a insistir sobre ello.

La nueva ofensiva alemana podía aparecer en cuatro puntos: en la frontera N. de la Prusia orien-



Vista general de Damasco en Siria

y perseverancia de los esfuerzos. Estas cualidades resplandecen en grado eminente en los directores de la campaña contra Rusia, generales Hindenburg y Lu'endorff, jefe de Estado Mayor éste último del primero. La preparación de las operaciones, el abastecimiento, los enlaces, aun siendo cuestiones esenciales—puesto que sin ellas no es posible el éxito—son fruto de la organización y de la previsión, y no encierran secretos en ningún ejército bien preparado para la guerra. Pero la concepción del plan y su ejecución, son exclusivamente obra del entendimiento y de la voluntad del caudillo, quien amolda y forma las tropas para que lleven a la práctica sus deseos y propósitos.

En los últimos días de diciembre se vió bien claro, y lo dije en estas columnas, que los alemanes habían retirado grandes masas de tropas de la línea al O. de Varsovia y que más o menos pronto, nunca tarde, las empeñarían en otro punto, persiguiendo la idea de siempre: la destrucción del ejército ene-

tal, al E. de Insterburg; al E. de los lagos de Masuren; al N. del Vístula, en el sector de Thorn; en el extremo derecho de la línea, o sea en la Bukovina. Pero lo que nadie había previsto es lo que se ha realizado, la ofensiva general en las cuatro direcciones indicadas, de un modo simultáneo y enérgico, concertado y coordinado, desarrollándose con una precisión casi matemática.

Comienza la ofensiva alemana, con el apoyo de los austriacos, en la Bukovina: en dos semanas, los rusos son arrojados de casi todo el territorio de esta provincia, y al mismo tiempo tienen que batirse en retirada en la parte oriental de los Cárpatos, quedando amenazadas las tropas que todavía continúan en la parte N. y centro de Galizia de ser atacadas de flanco y ver en peligro sus comunicaciones.

Casi al mismo tiempo, un violento ataque en la región de Tilsit arroja al enemigo al otro lado de la frontera, y permite a los alemanes desembocar en el valle del Niemen.

Esta maniobra no está aun terminada, cuando otras masas avanzan desde los lagos masurianos, destruyen a los rusos que se les oponen, y cruzan la frontera.

Como un reguero de pólvora, los ataques alemanes siguen desarrollándose; esta vez son las tropas del N. del Vístula las que avanzan y derrotan a los rusos, dándose la mano con las que, al S. del mismo río y delante de Varsovia, luchan furiosamente para fijar el centro ruso e imposibilitarle toda maniobra.

Resultado de este conjunto de operaciones es que el frente de batalla alemán se traslade, en un período de nueve días, al territorio ruso y forme un frente que amenaza a la vez las líneas estratégicas enemigas más importantes de este teatro. Quedan, efectivamente, abiertos y a merced de los alemanes los valles del Niemen y el Narev, conquistada gran parte de la Polonia septentrional, asegurado el centro en la Polonia central y meridional, y comprometida la situación de los rusos que todavía se sostienen en Galizia.

Una formidable red de plazas fuertes ofrece a los rusos abrigo y apoyo para detener el victorioso avance de los alemanes y reorganizar las desmoralizadas y vencidas tropas del Czar; pero el resultado principal está ya conseguido: se ha afirmado la superioridad alemana, todo el ejército del Niemen y el Narev ha sido destruido, en la acepción militar del vocablo, contenido el golpe contra Hungría, paralizada la anunciada intervención de Rumanía, y desvanecida una vez más la leyenda de la superioridad aplastante de Rusia: la masa sólo ha servido para que el número de prisioneros realzara aun más la victoria de los alemanes: en estas batallas de Polonia y Prusia oriental, o sea en el repetido período de nueve días, 62 000 prisioneros, 70 cañones, más de 100 ametralladoras, y un botín considerable, han caído en manos de los alemanes. Es la declinación, que parece ya definitiva, del poderío ruso.

Cualquiera que sea la dirección que ahora tomen los ataques de los alemanes, el fin militar está conseguido: los rusos han quedado inutilizados en mucho tiempo, acaso para siempre, para nuevas operaciones ofensivas.

La excelente organización, la extraordinaria cohesión y el insuperable espíritu militar de las tropas alemanas, han contribuido poderosamente a estas victorias, pero el mérito principalísimo corresponde a Hindenburg y su glorioso jefe de Estado Mayor. Se necesita remontarse a las campañas napoleónicas para encontrar un ejemplo parecido de ataques combinados conducidos con tanta energía y tanta rapidez. Nada hay en la guerra franco-alemana que se parezca a esta sucesión de batallas, que se inician y desenvuelven con tanto método, sin dejar nada al azar, en un frente dilatadísimo y tropezando con los obstáculos, que unánimemente se reputaban insuperables, del rigor de los fríos invernales en Rusia y de la escasez de buenas comunicaciones. Seis semanas han bastado al alto mando alemán para efectuar los preparativos de tan corta campaña, que para siempre quedará registrada entre los hechos más gloriosos de la historia militar.

Si el éxito se recoge en los campos de batalla, la estrategia es quien en realidad lo alcanza. Con un

ejército numéricamente inferior al que le oponen los rusos, Hindenburg sabe colocar sus tropas de manera que en los puntos adecuados resulte inutil al enemigo su superioridad; por medio de la maniobra, arroja en direcciones divergentes a los rusos del N. de Prusia oriental, envuelve a la poderosa masa enemiga que ha podido concentrarse en Augustov, bate, por medio del ataque de flanco, a las tropas que había en el N. del Vístula, y aquel poderoso ejército que durante tres meses no pudo avanzar un solo paso dentro del territorio alemán, tiene que huir en espantosa confusión apenas su adversario emprende la ofensiva. Por estupendos que parezcan estos triunfos, estoy seguro que a ninguno de mis lectores les habrán sorprendido, porque hace más de seis meses que vengo señalando los múltiples y diferentes factores que intervienen en el curso de una guerra, y he clasificado en último lugar el número y la fuerza material. Lo sorprendente, lo que nadie esperaba, es que la ofensiva alemana, en lugar de concentrarse en un solo punto, se haya efectuado simultáneamente contra todos los de apoyo, los vitales, del vastísimo frente ruso: en esta corta campaña, la estrategia ha llegado a las más altas cumbres que puede concebir la inteligencia humana. Ninguno de los críticos que en la prensa de todo el mundo—y los hay de competencia suma—discutían las maniobras que probablemente desarrollarían los alemanes, había previsto la que tan magistralmente ha desenvuelto Hindenburg y planeado Ludendorff: este es el mayor elogio que de ella puede hacerse.

IV.—La situación el 20 de febrero

Como resultado de las victorias de los alemanes en el frente oriental, la línea de batalla de los austro-alemanes parte del N. de Tauroggen (1), sigue paralelamente a la frontera y pasa por el E. de Suwalki, Augustovo, Staviski, E. de Radzanovo y de Plock, hasta el Vístula; continúa luego por el Bzura y el Bayka, deja Kielce al O., toma el Nida y alcanza las cumbres de los Cárpatos desde el paso de Dukla al de Uszok, desciende luego y pasa al N. de Kolomea y el N. de Czernovitz. Las líneas del Pruth y del Sereth, en la Bukovina, están en manos de los aliados, que al parecer tratan de llegar al Dniester.

En el frente occidental no ha variado la situación general, si bien en la alta Alsacia y en la selva de Argona vuelven a ganar terreno los alemanes.

Se han repetido los combates en las orillas del canal de Suez; los ingleses han sido esta vez más parcos que la primera en pregonar sus éxitos; los turcos afirman que una parte de sus tropas ha entrado en el desierto al SO. de Tusum, pero no creo exacta esta noticia.

Errata importante: Un pequeño error de caja me ha hecho decir un enorme desatino en la *Crónica* anterior, que espero, habrá subsanado el buen juicio del lector; en la cuarta línea del párrafo IV (La situación el 14 de febrero), debe haber una coma entre las palabras *mil* y *cañones*.

JUAN AVILÉS
Coronel de Ingenieros

20 de febrero de 1915.

(1) Véanse los mapas números 13, 17 y 19, cuadernos 19, 23 y 28.